

Vicente Fatone (1903-1962), una voz en el desierto del alma argentina

Fatone, el hombre

Vicente Fatone (1903-1962) es una figura que permanece muy poco conocida, pese al hecho de haber contribuido decisivamente a los estudios filosóficos en nuestro país. Algunos datos biográficos pueden servir para situar al pensador, aunque difícilmente para definirlo. Su familia, proveniente de la región de Campania, había emigrado a Buenos Aires a fines del siglo XIX. Sus padres instalaron un puesto de verduras en el Mercado del Abasto, en cuyo ambiente febril encontraría Fatone una verdadera escuela de vida. A ese medio debió su primer contacto con la experiencia del trabajo alienante, así como también con los trabajadores anarquistas que tempranamente lo iniciaron al mundo de la literatura y de las artes. El propio Fatone lo recordaría décadas después al expresar su agradecimiento por aquel viejo telonero italiano que tanto le había enseñado sobre el 'gran teatro del mundo'.

Vicente Fatone fue el último de siete hijos y el primero en acceder a la escuela normal argentina, suscitando la admiración de su maestro de sexto grado, el reconocido normalista José Astolfi. Realizó sus estudios secundarios en el Colegio Nacional Juan Martín de Pueyrredón y, al terminarlos, se inscribió en la carrera de Ingeniería de la Universidad de Buenos Aires, pero pronto se desilusionó de la orientación eminentemente práctica de esta. Pasó entonces a la Facultad de Filosofía y Letras, donde tuvo como profesor a Alejandro Korn, de quien se sabe profesaba un secreto interés por la filosofía del Indostán y la mística. Este encuentro marcaría en buena medida el destino intelectual del joven Fatone. La intensa actividad docente que sucedió a la finalización de sus estudios universitarios puede leerse en la entrada que José Ferrater Mora le dedicó en su célebre *Diccionario de filosofía*.

A los treinta y tres años, Fatone fue por primera vez a Calcuta con una beca para estudiar la filosofía hindú antigua, sin saber que el futuro le deparaba regresar a ese mismo país, dos décadas más tarde, en calidad de embaja-

¿DE QUÉ SE TRATA?

Vicente Fatone (1903-1962) contribuyó decisivamente a ampliar el horizonte de la filosofía argentina mediante la incorporación del estudio de la mística, cuyas tesis centrales se reseñan aquí.

dor argentino ante el gobierno de Jawāharlāl Neruh. Víctor Massuh, quien lo visitara por aquel entonces, testimonia la enorme consideración que se le tenía en los medios académicos indios, a punto tal que los eruditos pedían su consejo sobre las cuestiones más espinosas del vedantismo. Caracterizado como un ‘gran estudioso de las religiones de Oriente’ (Klimovsky), como un ‘brillante fenómeno de la religión’ (García Bazán), como un ‘hombre superior’ (Laudato), como un ‘alma de místico’ (Caturelli), como uno de los raros ‘maestros de la vida espiritual’ (Olaso), Fatone fue además, y singularmente, *hombre de una sola piedra*, no solo porque –como dijo alguna vez– el ‘filósofo es el poeta de una sola rima’, sino también porque supo trabajar la rima hasta hacerla piedra nueva. Si para la mística el conocimiento es conversión, la mística de Fatone no pudo ser simplemente ‘objeto’ –de curiosidad, de exploración, de estudio–, sino que debió exigirle el tipo de compromiso que se lleva consigo al ‘sujeto’, conforme a su verdad de que *percipere est esse* (conocer es ser).

Fatone y el olvido

Quizá sea una prueba más de su talla como pensador su destino de Leteo, el olvido generalizado en el que se hundió su memoria entre los argentinos. Oscar del Barco lo atribuye a dos causas: el creciente parcelamiento de la filosofía sobre el modelo de la ciencia y el consecuente olvido de sus interrogantes últimos. Pero a esto debe añadirse una verdad más singular que brota de la personalidad misma de Vicente Fatone: fue en tal medida hombre de una sola piedra que se elevó por sobre cualquier institución, confesión o credo particular. No se convirtió en legado de nadie ni tampoco, como destaca Laudato, hizo de nadie el *maestro* ni de libro alguno la *doctrina*. No sabremos si tuvo maestro exterior, pero bien se sabe que quienes lo llevan dentro no precisan buscarlo en otra parte. Semejante rasgo de independencia no podía pasar desapercibido ni resultar gratuito a la luz del partisanismo que tiñe la historia de nuestros hombres e instituciones. Ezequiel de Olaso destaca la lucha que debió librar contra el desdén que despertaba por entonces la sola mención de Oriente. No obstante, Fatone estaba peculiarmente preparado para ello. Sabía, como lo vaticinaba su primer libro, que ‘estar en contra de una época y tender a su superación, he ahí algo que patentiza la grandeza de una personalidad’.

El singular estilo fatoniano

Vicente Fatone fue además un escritor prolífico que incursionó en diversos géneros, desde el cuento hasta el ensayo, desde la escritura académica hasta la literatura



Vicente Fatone junto a su esposa Ana María Guntsche de Fatone en Bombay y Calcuta, India, en su viaje de estudio de filosofía hindú antigua en el año 1938.

Fuente: www.facebook.com/fatonevicente

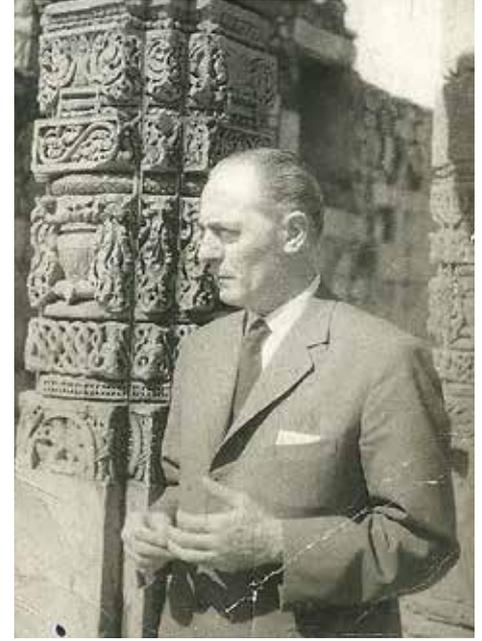
infantil. Pero no es esta versatilidad la que lo caracteriza como escritor, sino su estilo, un estilo tan diáfano que Olaso calificó alguna vez de ‘modelo de claridad’. Cualquiera que lo haya leído sabe de lo que aquí se habla y de la dificultad que ello implica, porque tras ese ejemplo de claridad se emboza un pensador profundísimo, que obliga al mayor desnudo intelectual para atisbar el *fondo* oculto en la *forma*. Más aún, con frecuencia la frase aúna de modo tal al pensador y al expositor que en ese *exitus calami*, en ese acto cumplido de la palabra, fracasa toda tarea de diferenciarlos o, mejor dicho, triunfa la mística que sabe ilusoria toda multiplicidad. ‘Tú eres aquel’, ‘aquello es esto’, traduce Fatone al explicar los principios del brahmanismo. Por eso, el estilo de Fatone fue tan suyo que alguien, con sobrada justicia, habló de ‘prosa angélica’. Lo que él nos ofrece no es simplemente un estudio comparado de la mística, sino su propia intuición mística a través del estudio de los grandes místicos, haciendo posible en ese acto otra relación del lector con el texto, del sujeto con el objeto. Su prosa de ángel nos invita a mucho más que un acto de lectura, nos invita ni más ni menos que a un acto de participación creadora.

La letanía del «neti, neti» en la mística de Fatone

Fue gracias a Vicente Fatone que la filosofía argentina pudo ampliar su horizonte mediante la incorporación del pensamiento místico especulativo de diferentes culturas, especialmente las de Oriente. En innumerables ensayos dedicados al tema brilla su singular estilo, así como en sus libros, entre los que se destacan *Sacrificio y gracia* (1931), *El Budismo nihilista* (1941), *Introducción al conocimiento*



Vicente Fatone con Jawaharlal Nerhu en Rashtrapati Bhavan, presentando credenciales en 1957.
Fuente: www.facebook.com/fatonevicente



En el complejo de la mezquita Qutub Minar, año 1958.
Fuente: www.facebook.com/fatonevicente

to de la filosofía de la India (1942) y, muy particularmente, el primero de ellos, *Misticismo épico* (1928), escrito a los veinticinco años de edad. En él ya se encuentra in nuce la ‘rima’ que se desplegaría en su obra posterior y que puede desagregarse en tres tesis fundamentales: 1) la negación de toda parcialidad en el conocimiento de Dios, 2) la seguridad del acceso al misterio por vía de la mística, y 3) la incomunicabilidad de la experiencia mística. La primera tesis explica cierta desconfianza suya hacia la filosofía, cuando ésta es considerada como el único punto de vista válido para abordar los problemas últimos. A esta extralimitación la llamó en unas notas inéditas ‘filosofismo’. En realidad, Fatone creía que una filosofía coherente y profunda desembocaría, de una manera u otra, en la mística.

Si la mística es ‘misterio’, ninguna de las tres facultades del ser humano puede constituirse en la sola vía de acceso: ni la *voluntad* mediante sus mandatos o actos; ni la *inteligencia* mediante sus conceptos o dogmas; ni el *sentimiento* mediante la vivencia íntima de lo religioso. La mística no solamente no se resuelve en las alternativas de un trilema —ética, metafísica o filosofía del sentimiento—, sino que implica su negación misma. La primacía de una facultad sobre otra no puede ser más que afirmación de la parcialidad en el conocimiento, a cuya actitud opone Fatone la letanía de su tema central, sintetizada en la fórmula del sánscrito ‘*neti, neti*’ (no es así, no es así), como respuesta a la tentativa de apresar el misterio en una forma determinada. De este modo se llega a la tercera tesis fatoniana: la experiencia mística es incomunicable, porque está más allá de la razón, más allá de la voluntad y más allá de la emoción religiosa. La distinción de facultades no implica división, así como tampoco

la distinción de las personas divinas niega la unidad. La entrega del misterio traerá consigo una ‘nueva forma’ en la que las potencias del alma se compenetren solidariamente para abismarse en la unidad del ser divino. Pero aun así el alma, en cuanto tal, se ve impedida de penetrar en el fondo que persigue; deberá dar un paso más allá, en el cual se revela el sentido último de la experiencia mística como negación. Sólo en la negación de sí, en la supresión de toda forma en que se expresa el verbo, se dará la experiencia del *mysterium magnum*. Porque, como nos lo recuerda Fatone citando a Meister Eckart, ‘nada determinado puede mirar al único uno; ni siquiera Dios’. Y nada determinado, menos aún nuestro menesteroso lenguaje, podría comunicar la experiencia del misterio que sobrepasa al verbo.

Leibniz a la luz de la mística de Fatone

Si para Fatone ‘el filósofo es el poeta de una sola rima’, su rima no será patrimonio de una cultura particular, sino expresión de lo universal tal como fue manifestado en cada cultura particular. No hay en tal sentido una mística de Oriente y otra de Occidente, ni superioridad de una por sobre la otra. O, mejor dicho, el estudio comparado que obliga a su distinción no impide su resolución última en una misma verdad común. De ahí que Fatone pudiera decir que, en el fondo, todos los grandes místicos dijeron exactamente lo mismo. La frase citada de Eckart se vuelve así una confirmación del ‘budismo nihilista’ o del sentido de la ‘inexistencia’ en los himnos védicos. Pero también es reflejo del especial interés que Fatone mostró por la tradición mística germánica. Por ende, no es de extrañar

que dedicara a Leibniz uno de sus ensayos recogidos bajo el título *Temas de mística y religión* (1963).

Podríamos haber elegido hablar aquí de Eckart, Boheme o Silesius, todos ellos grandes místicos que formaron parte del núcleo de las inquietudes fatonianas, pero la decisión de hacerlo en Leibniz tiene sus razones. En primer lugar, responde al poco conocimiento que en general se tiene de una de las mentes más brillantes de todos los tiempos; en segundo lugar, al hecho de que la lectura de Fatone revoluciona en más de un sentido el canon que ha hecho escuela en los estudios leibnizianos, y que se debe en buena medida al marcado surco que dejaron, desde comienzos del siglo XX, dos grandes de sus intérpretes: Bertrand Russell y Louis Couturat. Fatone, sin embargo, toma a Leibniz por el otro extremo, esto es, recordando la tradición ancestral en la que puede verse inserta la metafísica leibniziana.

Leibniz, nos dice, revive un viejo pensamiento que animó las primeras concepciones religiosas: el de la ley eterna que precede a los dioses en dignidad y no puede siquiera ser violada por ellos. El origen de toda cosa debería entonces ser buscado primero en la ley y luego en Dios, cuya realidad toda se explicaría como efecto de esa misma ley. Sin embargo, Leibniz no quiere aceptar las consecuencias que se seguirían de un dios sujeto a una ley superior, rigiendo irrevocablemente su vida interior. Entonces, decide colocar la verdad eterna de esa ley dentro del entendimiento divino, hacerla un efecto suyo. Y así ocurre, para el Leibniz de Fatone, que el entendimiento de Dios se vuelve origen de la ley y de toda verdad eterna. Gracias a ello, 'se realizan' allí los individuos posibles y se ordenan en jerarquía los mundos a los que ellos pertenecen. De esa manera se producen las condiciones para que, como se sabe, intervenga la voluntad a fin de crear el mejor de los mundos posibles, según la jerarquía que le muestra entendimiento. No obstante, como bien advierte el argentino, algo extraño se ha producido. Esta creación debida a la voluntad no es stric-

to sensu creación, porque en ella 'la voluntad nada crea y nada cambia: elige, simplemente', del mismo modo en que lo hace el hombre al resolverse entre los objetos que están a su alcance. Pero pensar a Dios sobre el modelo del hombre resulta cuanto menos algo sospechoso. Por eso es que Fatone se empeña en develar otro sentido de la creación en Leibniz. Sabe bien que crear a partir de la posibilidad (*creatio ex possibilitate*) no es más que elegir entre objetos ya dados; acto muy poco digno de Dios. Sabe también que no es crear a partir de la nada (*creatio ex nihilo*) y que esta exigencia debe estar de algún modo presente en una metafísica profunda como la de Leibniz. La resolución fatoniana es pasmosa contemplada desde la ortodoxia, pero genial admitida la exégesis: nos encontraríamos, afirma, ante *dos creaciones*. En una de ellas, el entendimiento divino se confunde con la potencia infinita para 'crear' los posibles; en la otra, interviene la voluntad para crear el mejor de los mundos posibles.

Lo que se sigue de esta interpretación tiene múltiples aristas y hondas implicancias. Solo cabe decir aquí que, en todas ellas, Fatone desnuda como nadie el destino paradójico de la metafísica, del que Leibniz es tan solo una más de sus confirmaciones, y tal vez una de las más brillantes. Confiar a nuestra razón la verdad del misterio teogónico es una faena destinada al fracaso, cosa que, pese a todos sus esfuerzos de racionalización, no pudo, no obstante, pasar desapercibida a Leibniz. El gran racionalista dijo alguna vez que solo a los místicos les había sido reservada la experiencia del 'sentimiento vivo de la fuerza del espíritu', aunque 'algo pueda decir también sobre esto un verdadero filósofo'. Curiosa expresión, la mayoría de las veces ignorada por el lector de la *Teodicea*, sobre la cual Fatone nos invita a reparar con su ejemplar claridad: 'Algo, no mucho; y decirlo, nada más'; eso es todo lo que puede hacer el filósofo frente a lo que no admite mediación alguna. Si la mística es experiencia de esa presencia que es ausencia de verbo y modo, entonces, confrontada al logos, no le queda más que expresarse como una letanía de negaciones: *neti, neti, neti...* 

LECTURAS SUGERIDAS

FATONE V, 2009, *Temas de mística y religión*, Las Cuarenta-Universidad Nacional de Córdoba, Buenos Aires.

GARCÍA BAZÁN F, 1980, 'Vicente Fatone y la filosofía de la religión en la Argentina', *Cuyo*, 13: 25-40.

LAUDATO RR, 1998, 'Vicente Fatone: un letrado cumplido en América', *Espéculo*, 9. [Ricardo R. Laudato: Vicente Fatone: un letrado cumplido en América - n° 9 Espéculo \(ucm.es\)](#)

MASSUH V, 1975, *Nihilismo y experiencia extrema*, Sudamericana, Buenos Aires.

OLASO E de, 1967, 'Una *mystica perennis*', *Journal of Inter-American Studies*, 9 (4): 576-590.



Griselda Gaiada

Doctora en filosofía, Universidad Nacional de La Plata (UNLP).

Profesora titular, Universidad de la Defensa Nacional/Escuela de Guerra Naval.

Investigadora adjunta en Conicet. magriseldag@hotmail.com